

tonces el empleo de auditor en mi División, y como Mayor General, al Teniente Coronel Don Adolfo Alcántara. Al llegar el General Salinas a Chiapas, se le incorporó el escuadrón Porfirio Díaz, que estaba organizando en aquel Estado el Comandante Don Diego M. Guerra. La fuerza de Salinas salió de Oaxaca el 12 de Diciembre de 1863. El 4 de enero de 1864 batió a los traidores en Ixtapa y el 11 los sitió en San Cristóbal y tomó la plaza el día 22 del mismo mes de Enero. El día 9 de Marzo siguiente salió el General Salinas con su columna de Tuxtla, de regreso para Oaxaca, a donde llegó el 12 de Abril de 1864.

Después de estos sucesos mandé a Chiapas al Coronel Don Francisco Loeza, y mi escasez de recursos era tan grande, que solamente pude darle diez pesos para los gastos de su viaje. Una vez llegado a Chiapas el Coronel Loeza, me proponía nombrarlo Gobernador y Comandante Militar del Estado: pero por recomendación suya, nombré para ese puesto al Coronel Don José Pantaleón Domínguez, a quien había yo conocido en el sitio de Puebla. Domínguez sirvió con lealtad y permaneció con ese carácter hasta el fin de la intervención extranjera, y como Gobernador constitucional del Estado algunos años después.

XXXVII

MAXIMILIANO Y LOS FRANCESES

Del 7 de Junio de 1863 al 15 de Julio de 1867

Para no tener que interrumpir la relación que estoy haciendo de los sucesos en los sucesos que tomé una participación directa y personal, referiré aquí a grandes rasgos y en beneficio de los lectores que no estén bastante familiarizados con los sucesos de la intervención extranjera en México, lo que ocurrió en lugares que no fueron el teatro de mis campañas.

Ocupada Puebla por los franceses, el Gobierno Constitucional de la República salió de México para San Luis Potosí el 31 de Mayo de 1863, y el ejército francés la ocupó el 7 de junio siguiente.

El 16 del mismo mes, expidió el General Forey, en cumplimiento de instrucciones expresas del Emperador Napoleón, un decreto autorizando a M. Dubois de Saligny, agente diplomático francés, a quien se suponía conocedor de México, para nombrar a 35 personas, quienes elegirían a un triunvirato que ejer-

Nota.—La junta de notables fué de 35, que a su vez estableció otra menor que se llamó 'Regencia', para la que fueron nombrados con calidad de miembros propietarios, Don Pelagio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, Don Juan N. Almonte y Don Mariano Salas; y con el carácter de suplente, Don Juan Bautista Ormachea, Obispo de Tulancingo y Don José Ignacio Pavón.—(Nota de G. V. R.)

ciera el Gobierno de México, y además designarían a 215 personas que formarían una junta, llamada de notables, la cual decidiría qué forma de Gobierno debía adoptar México.

Por supuesto que esta junta se compuso de personas del partido reaccionario con tendencias monarquistas, y en cumplimiento del programa formado de antemano por el Emperador de los franceses, proclamó en 10 de Julio siguiente, sin un solo voto de abstinencia, el establecimiento de un imperio en México, llamó al trono al archiduque de Austria, Don Fernando Maximiliano, y acordó que en el caso de que éste no aceptara la corona, se suplicara al Emperador de los franceses designara la persona que debiera ocupar el trono.

Aunque al recibir el Archiduque Maximiliano la notificación respectiva de una comisión de mexicanos, el 3 de Octubre de 1862, manifestó que no aceptaría el imperio que se le ofrecía, sino en caso que la Nación sancionara su llamado, no esperó a obtener ese resultado, sino que firmó en Miramar el 10 de Abril de 1864, una convención, asumiendo ya el carácter de Emperador de México, en que se comprometía con Napoleón en nombre de México, a pagar indemnizaciones fraudulentas y a pagar los gastos del ejército invasor. Poco antes habían negociado en Europa, con gran quebranto, un préstamo que en su mayor parte se destinó a satisfacer reclamaciones francesas y gastos de guerra. Estando ya en México negoció otro préstamo, del que utilizó bien poco, y que habría recargado fuertemente a la Nación, si su gobierno hubiera sido aceptado por el país.

En seguida se embarcó Maximiliano en Miramar con destino para México, tocando primero en Roma, y trajo un cuerpo de voluntarios austriacos y otros de belgas, que debían formar el núcleo del ejército imperialista. Llegó a Veracruz el 28 de Mayo de 1864, e hizo su entrada en México el 12 de Junio siguiente. Permaneció en el país inclinándose unas veces a los conservadores, otras demostrando tendencias liberales, elogiando a veces la conducta de los mexicanos que resistían a la intervención francesa, y ordenando poco después en su decreto de 3 de Octubre de 1865, la ejecución de todos los que tomaran las armas contra dicha intervención; pero teniendo que someterse siempre a los dictados del General Bazaine, en Jefe del Ejército francés, demostró en el tiempo que estuvo en México la completa versatilidad de su carácter y su falta de la capacidad necesaria para

fundar un imperio, especialmente en un país amante de su independencia y celoso de sus libertades.

El General Forey y M. de Saligny siguieron en México una política netamente clerical y retrógrada, y no satisfecho de ella Napoleón, los retiró, y nombró jefe del ejército invasor al General Bazaine, y le confirió además amplios poderes militares y políticos. El General Bazaine asumió el mando el 10 de Octubre de 1863 y lo conservó hasta la retirada final del ejército francés.

Napoleón envió a México cosa de 40,000 soldados franceses. En Abril de 1865, cuando ya se habían retirado algunos cuerpos franceses, tenía el General Bazaine 63,800 hombres a sus órdenes, según el testimonio del Capitán Niox; (1) de los cuales 28,000 eran franceses, 20,000 traidores, 8,5000 rurales, 6,000 austriacos y 1,300 belgas.

Cuando Napoleón comprendió que había fracasado por completo su proyecto, que él consideraba como la página más gloriosa de su reinado, y que tenía necesidad de retirar sus fuerzas de México, olvidándose de los compromisos contraídos con el Archiduque de Austria, ofreció al Gobierno de los Estados Unidos que el ejército invasor se retiraría de México en tres partes, de las cuales la primera saldría en Noviembre de 1866; la segunda en Marzo y la tercera en Noviembre de 1867. Se dió prisa para cumplir con su promesa, pues no esperó a que llegara el plazo estipulado, sino que el 12 de Marzo de 1867 se había retirado ya todo el ejército invasor quedando tan solo en México parte de los contingentes austriaco y belga. Después de la retirada de los franceses quedaban a Maximiliano más de 50,000 hombres (2).

Cuando Maximiliano se persuadió que el ejército francés lo abandonaba, resolvió regresar a su país, y con este objeto pidió a su hermano el Emperador, que lo repusiera en sus derechos a la corona de Austria, y que le mandase un buque de guerra que lo transportara de México, y fué enviada La Novara a Veracruz; pero su natural versatilidad hizo que al lle-

(1) Le Expedition dn Mexique 1861 1867. Recit politi que et militaire par G. Noix: Capitaine d'Etat Major. Paris. 1874. Pag. 476.

(2) Le Expedition du Mexique 1861 1867. Recit politi que et militaire par G. Noix, Capitaine d'Etat Major. Paris, 1874. Pag. 553.

gar a Orizaba cambiase de opinión en virtud de los ofrecimientos de los Generales Márquez y Miramón, a quienes la intervención francesa había desterrado de México con varios pretextos, y regresó con ellos a la capital, de la que partió después para Querétaro, en donde fué hecho prisionero el 15 de Mayo de 1867 por el ejército que mandaba el General Escobedo, y ejecutado el 10 de Junio siguiente con los Generales Miramón y Mejía, después de haber sido juzgado por un consejo de guerra.

El pretexto de la intervención francesa fué cobrar a México una reclamación del suizo Juan Bautista Jecker por... \$15,000,000, en la que estaba interesado el Duque de Moray, cuyo agente en México era M. Dubois de Saligny, y la Francia gastó con tal propósito, más de diez veces esa suma, sin tomar en cuenta la sangre derramada.

La intervención francesa en México constituye una severísima lección para los gobiernos que atentan contra la autonomía de pueblos más débiles, y para los ciudadanos de un país que se unen al ejército invasor. Su resultado fué desastroso para todos los que tomaron parte en ella, sin distinción de categorías ni nacionalidades. A Napoleón le costó el trono; a Francia la terrible humillación de retirar su ejército ante la amenaza de los Estados Unidos, sabiendo bien lo que se esperaba a su protegido, y la vida a Maximiliano. El clero y los conservadores mexicanos que solicitaron y apoyaron la intervención, sufrieron también terriblemente, comenzando por el desengaño de que los franceses sostuvieran las leyes de reforma expedidas por el Gobierno liberal, que fueron la causa que los determinaron a solicitar la intervención extranjera. A la Francia le costó mucha gente, un gasto líquido de más de fs, 300 000,000 (1) y su derrota y desmembración en Sedan y Gravelotte. El mismo Mariscal Bazaine no quedó libre del desastre, pues tuvo un fin bien triste.

El Gobierno nacional se retiró de San Luis Potosí para Zacatecas el 22 de Diciembre de 1863, conforme avanzaban las fuerzas francesas para el interior; siendo ocupada la plaza de San Luis por Don Tomás Mejía el día 25 de Zacatecas pasó el Gobierno al Saltillo, de allí a Monterrey, y el 15 de

(1) Le Expedition du Mexique 1861-1867. Recit politique et militaire par G. Niox, Capitaine d'Etat Major. París 1874. Pág. 763 et 764.

Agosto de 1864 salió de Monterrey para Chihuahua, a donde llegó el 12 de Octubre siguiente. Permaneció en esa ciudad hasta el 9 de Diciembre de 1865 que salió para el Paso del Norte, a donde llegó el día 18, y allí permaneció durante la época más aciaga para la Nación. Salió del Paso el 17 de Junio de 1866, de regreso para Chihuahua, y de allí continuó su marcha para Zacatecas y San Luis Potosí, haciendo al fin su entrada a México el 15 de Julio de 1867.

Desde mi salida de Querétaro y especialmente desde mi llegada a Oaxaca, quedé casi del todo incomunicado con el Gobierno Federal pues mi único conducto de comunicación, tardío y difícil, era nuestra Legación en Washington, y tuve que ejercer mi discreción en todo caso, procediendo siempre como lo creí más conveniente al bien del país y al éxito de nuestra causa.

XXXVIII

SAN ANTONIO NANAHUATIPAN

10 de Agosto de 1864

Cuando el enemigo avanzaba, sus trabajos de construcción del camino hasta Tamazulapan, por la vía de la Mixteca y sus preparativos hasta Teotitlán del Camino por el de la Cañada, me propuse atacar a la segunda columna, y para ocultarle mi intención, saqué de Oaxaca una columna de las tres armas, que presenté primero en Teotongo a la columna de la Mixteca.

Después de dos días de permanencia allí, y cuando el General Cortois d'Hurbal, se preparaba a resistirme, dejé el mando al General Mariano Escobedo, con orden de moverse hacia Oaxaca, si el enemigo tomaba la iniciativa; y con los batallones Morelos y Cazadores, marché a campo traviesa hacia Teotitlán del Camino, que era mi verdadero punto objetivo.

Después de un día y parte de la noche de marcha, permanecí muy cerca de San Antonio Nanahuatipan, a donde según noticias que tuve de mis exploradores, estaba el grueso principal de los franceses, que tenían una fuerte avanzada de infantería y artillería sobre la vía de Oaxaca, en la hacienda de Ayotla.

A las 9 de la mañana del día 10 de Agosto de 1865, llegué a San Antonio Nanahuatipan, sin que el enemigo que ocupaba esa población, hubiera tenido noticia de mi marcha, porque no la hice por el camino, y lo batí bruscamente, haciéndole mucho daño a su batallón que a la sazón se lavaba en el río; pero como los soldados franceses tenían allí mismo sus armas

en pabellón, después de la sorpresa hicieron una defensa muy vigorosa, y replegándose hacia la iglesia, dejaron en el campo la mayor parte de sus vestidos y mochilas y muchos muertos desnudos, pues desnudos combatieron. (1)

(1) El Capitán Niox, en su libro antes citado "Expedición de México, 1861-1867", capítulo III, parte segunda, páginas 440 y 441, refiere el combate de San Antonio Nanahuatipan como sigue, disminuyendo grandemente el número de muertos de los franceses.

"El General Brincourt se dirigió pues hacia Huajuápam, lugar que ocupó sin resistencia, el día 10 de agosto: el mismo día el Coronel Giraud que partió de Orizaba, hacía su entrada en Teotitlán, pero en vez de detenerse allí, continuó su marcha hacia San Juan de los Cues, dejando a su retaguardia varios destacamentos.

Porfirio Díaz se encontraba entonces sobre la línea de Huajuápam, y ocultando su marcha a través de las montañas, se dirigió hacia Teotitlán, y el 10 de agosto a la cabeza de 2,000 hombres, cayó de improviso sobre la villa de San Antonio, en donde se encontraba una compañía del 7o. de línea a la vez que su hermano Félix Díaz (de sobrenombre "El Chato") con 600 infantes, 150 caballos y 3 cañones. atacaba otra compañía en la hacienda de Ayotla. Los destacamentos franceses, mandados por oficiales enérgicos, resistieron vigorosamente el ataque, pero habrían sin embargo sucumbido bajo la superioridad numérica del enemigo, sin la pronta llegada de refuerzos. El enemigo sufrió pérdidas notables: las tropas francesas tuvieron unos cinco muertos y una treintena de heridos. Diez hombres de caballería mexicana se hicieron matar con bravura a su lado.

Vuelto a Teotitlán el Coronel Giraud, se disponía a retrogradar a Orizaba, pero habiendo sabido que Porfirio Díaz meditaba un nuevo ataque detuvo su movimiento. El día 17 de agosto el General Brincourt se reunió con el Coronel Giraud, y no pudiendo resistir al deseo de perseguir al enemigo aun cuando para ello no tenía autorización del Mariscal, avanzó hasta Nochistlán, situado a 35 leguas de Tehuacán y como a 20 de Oaxaca. Se juzgaba con fuerzas suficientes hasta para ocupar a dicha ciudad, pero bien a su pesar tuvo que señarse a las órdenes formales del Comandante en Jefe. El General Bazaine se oponía a esa expedición porque no contaba con

Había yo dado orden al Coronel Espinosa y Gorostiza que estaba en Cuicatlán, para que en combinación con mi movimiento, acudiera él también a San Antonio con su batallón, dos obuses de montaña, una compañía del batallón Juárez y el escuadrón que mandaba el Coronel Ladislao Cacho; pero la fuerza que el enemigo tenía en Ayotla y que estaba fortificada pasajeramente en la Hacienda y con artillería, no le permitió el paso, y tuve que retirarme con pérdidas muy considerables de oficiales y soldados; pero sin que el enemigo se atreviera a perseguirme.

Es lamentable que el Coronel Espinosa y Gorostiza se hubiera encontrado con ese obstáculo que él creyó insuperable, porque su concurrencia me hubiera permitido tomar el pueblo de San Antonio, derrotar definitivamente a la columna del General Brincourt, y apoderarme de un rico convoy que se encontraba en aquel pueblo y que por un momento estuvo en posesión de la primera columna que penetró al punto amagado.

Me reuní al Coronel Espinosa y Gorostiza en Tecomavaca y marché con él a Oaxaca, mandando regresar también al general Escobedo que había retrocedido hasta Huauclilla.

El enemigo no avanzó entonces, pero más tarde volví a poner en su observación fuerzas de caballería, permaneciendo así más de ocho meses, y siguiendo aquel sus trabajos de construcción de los dos caminos.

Nota de G. V. y R.

La traición del General Uruga a la causa liberal, venía iniciándose desde octubre del año de 1863, según se desprende de la carta original que obra en mi poder, y que inserto en seguida:

fuerzas suficientes, y por lo tanto le habría sido imposible sostener al General Brincourt en caso de un descalabro; además, se hallaban en la precisión de reforzar las columnas empujadas en la campaña del Norte, y por esto el movimiento sobre Oaxaca fué suspendido, dejándose una guarnición en Tehuacán, que era una excelente posición militar y haciendo retrogradar el resto de las fuerzas".

Señor Ministro de Guerra, General Don I. Comonfort.—
San Luis.

Queréndaro, octubre 30 de 1863.

Muy amado amigo:

Ya me esperaba yo lo hecho: ¿caso duró más de cuarenta días en todo mando que me da el Gobierno? Desde Tarramoro está dispuesta mi entrega y la he cumplido en el acto.

Mando a usted abierta la carta del señor Presidente no quiero repetirla a usted, pues me falta tiempo, pero déjese copia de ella y le ruego que lo que se determine venga de San Luis, pues tal vez mañana no conviene al señor Lerdo lo que usted pudiera hacer. Sin cualquiera de los puntos que pido no acepto nada, pues que todo ello es para el buen servicio y no para mí.

Temo se me deje sin dinero y con el ejército sobre el país; temo que el señor Núñez nos abandone y con sus economías decrete que somos extranjeros a la Hacienda Nacional, y por ello pido precisamente a Suárez Navarro.

En lo de Michoacán hay mil intereses locales que contemplar, pero sobre todo hay una necesidad de Berrizábal que necesito a mi lado y poder descansar en él, piense traerme a José Justo Alvarez, pero enteramente subalterno y en el Estado, apareciendo hechura mía, rodearlo de confianza. Estoy malo en efecto, pero seguiré a ver a usted a Querétro, porque una vez le he dicho que soy su amigo y nada más; pero no tomo mando, no tomo parte ni hago nada, hasta el final arreglo de lo que pido hoy en la carta del señor Presidente. Con que ya sabe usted, como me recibe, es necesario que el señor Lerdo no se equivoque más, como lo ha hecho en mi relevo, no acepto nada, sin las bases que propongo, y mientras estas llegan, seré su huésped y siempre afmo. amigo que lo ama y b. s. m.

José L. URAGA.

XXXIX

INVITACION DEL GENERAL URAGA PARA SERVIR A MAXIMILIANO

Del 1o. de Marzo al 27 de Noviembre
de 1864

Un día se me presentó en Oaxaca el licenciado don Manuel Dublán, siendo portador de una carta de Don Juan Pablo Franco, que fungía como Prefecto superior político del Estado, nombrado por Maximiliano, en que me hacía proposiciones para que me adhiriera yo al imperio, ofreciéndome que conservaría yo el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían a ellos fuerzas extranjeras. Me indigné de ver que no obstante sus relaciones personales y de familia con Juárez y las distinciones que había recibido del partido liberal, se prestara Dublán a hacerse instrumento de esa invitación, y considerándolo como enemigo, mandé ponerlo preso, para fusilarlo después como espía. Don Justo Benítez que era con discípulo y amigo de Dublán, se empeñó grandemente por salvarlo, y accediendo a su recomendación consentí en que quedara en libertad, pero a condición de que saliera del Estado y de la República, con rumbo para Guatemala. En vez de hacerlo así, se quedó en Tehuantepec por varios días pretextando enfermedad, y permaneció allí, hasta que regresó de su expedición a Chiapas el General Salinas, de quien era amigo y quien lo trajo a Oaxaca. Le ordenó entonces que permaneciera en Tlacolula. Tal vez esto contribuyó a que después de la ocupación de Oaxaca por el General Bazaine, el licenciado Dublán sirviera abierta

mente al imperio, pues aceptó y desempeñó en la citada ciudad, un empleo de Maximiliano. Don Manuel Dublán, Don Luis Carbó, Don Ramón Cajiga y otros que habían sido liberales, fueron de los que más perjuicios me hicieron durante el sitio, fomentando el descontento y la desertión entre mis soldados. Afortunadamente, el licenciado Dublán sobrevivió lo bastante a esos sucesos, para reivindicarse hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia al servicio de la República en una ocasión oportuna y con muy buen éxito.

El General Don José López Uruga que mandando fuerzas nacionales se había pasado al enemigo y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió a su ayudante, el Coronel Luis Alvarez que años antes había sido jefe de mi Estado Mayor y estaba entonces sirviendo al Imperio, con una carta fechada en México el 18 de Noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirlo en su defección, y me ofrecía dejarme con el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían a ellos soldados extranjeros sino en caso de que yo los pidiera, y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el General Uruga, esa circunstancia no me hizo vacilar absolutamente en el cumplimiento de mi deber porque con su conducta había perdido ya para mí toda consideración.

Me pareció, pues, que era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner en su conocimiento la invitación que me hacía el General Uruga, y con tal motivo cité a una junta a los Generales y Coroneles que tenían colocación en las filas; les di conocimiento de la carta del citado General, y partiendo de su respuesta que fué enérgica y caballerosa, redacté la mía el 27 del mismo mes de Noviembre que mandé con el ya citado Coronel Alvarez, advirtiéndole al General Uruga que un segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigi en la misma fecha una circular a los Gobernadores y jefes militares de la línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

Inserto en seguida la carta del General Uruga y mi respuesta:

Señor General Don Porfirio Díaz.—México, noviembre 18 de 1864.

Muy querido amigo:

Muy largo sería hacer a usted un relato de lo que se me ha

hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá a usted algo, pero baste decir a usted que sin quererse batir, sin querer salir del Sur de Jalisco y sin querer sujetarse a no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir. cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortuna en la revolución y esto cuando se proponían no batirse nunca para solo ser los últimos.

No creí que esto era servir al país ni defender nuestra causa ni honrar nuestros principios, y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto me mandé entregar en junio al Emperador para hacer cesar la guerra sin reconocer nada. Obré también mal, porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios que me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo patriótico, todo lo progresista e ilustre del Emperador, le digo a usted, amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su Independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra Independencia o integridad de territorio, yo juro a usted que habría concluído en los cerros antes que reconocer nada y si hubiera tenido la cobardía de venir, yo tendría la buena fe de decir a usted "hay que combatir"; pero no es así Porfirio, creo que usted me hará justicia, que me conoce y que aceptará mi apreciación de las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá a poder de los americanos y entonces ¿qué tendremos como patria? Hasta hoy tiene usted un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medios de hacer mucho por la causa del progreso, entrando franca y noblemente en materia. Mañana sin combatir por la cizaña de nuestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando a usted a Luis a quien conoce usted, esto y mi nombre ¿no son para usted una garantía de franqueza y lealtad?

Luis hablará a usted; yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera y cuando usted venga y vea lo que pasa y se vuelva a su punto y a sus fuerzas, si no conviene en lo que digo a usted, o diga lo más conveniente, en todo trabajaré. Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema, no perdamos los principios y sobre todo, el país en su integridad e independencia. Adiós querido Porfirio, usted sabe cuanto lo he querido, con qué fran-

queza le he hablado siempre y cómo es su amigo que lo ama y b. s. m.—José L. Uraga.

"Señor Don José López Uraga.—México.

Mi antiguo General y estimado amigo:

Con indefinible placer abrí los brazos a Luis y fijé mi vista sobre la que con él se sirvió usted dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviese otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso y Luis me ha oído hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder a usted si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

Quedo muy reconocido a la mediación que usted se digna ofreeerme, porque si bien lamento los errores que han dado lugar a este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

Yo no seré el que me constituya juez de los actos de usted, porque me faltaría la necesaria imparcialidad y antes que someterlo a juicio, lo abrazaría como a un hermano y lo comprometería a volver sobre sus pasos. Pero si usted puede explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que según usted me dice, eran adversos a nuestra causa en el Centro son en Oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mandaba yo en Puebla; y usted sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados pero tan perfectamente identificadas a las otras por su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedores a igual estimación.

En los Estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa, y tal escrupulo en la contabilidad, que sus recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones. Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior, y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva el triunfo, ha de ser a mucha costa y solamente porque nos aplastasen por la superioridad en el número; pero no será tampoco remoto que obtengamos la victoria, y que la República toda se convierta al otro

día en un extenso palenque. La lucha puede, es cierto, prolongarse como la que a principios del siglo nos hizo libres e independientes; pero el éxito es seguro.

Me hace usted justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir; pues bien, para la prensa asalariada no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el Archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto con resignación y entereza que se deturpe mi nombre, sin arrepentirme de haberle consagrado al servicio de la República.

Siento en el alma que habiéndose usted separado del Ejército del Centro con el ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el Archiduque y venga con el tiempo a desenvainar en su defensa la gloriosa espada que otros días ha dado a la Patria; pero si así fuere, tendré por lo menos el consuelo de haber continuado en las filas en que usted me enseñó a combatir y cuyo símbolo político usted grabó en mi corazón con palabras de fuego.

Al presentármeme un mexicano con las proposiciones de Luis, debí hacerlo juzgar con arreglo a las leyes, y no mandar a usted en contestación, más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que usted invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente a usted, y a ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

La prueba a que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz; si la hubiere, de arrastrarme a renegar de todo mi pasado y a romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades e independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer firmemente que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades, llegarán a ocasionarme la mayor vacilación. He hablado a usted casi exclusivamente de mi persona, pero no porque olvide a mis ameritados compañeros de armas, ni a los heroicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han impendido por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun Veracruz y Puebla. Como usted sabe, los dos primeros han

arrojado a los imperiales de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio, y en el cuarto y el quinto, una extensa zona mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree usted que yo podría sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree usted que no me pedirán y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, o confiar su dirección a otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí, ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos, a combatir sin tregua, a vencer o morir en la demanda por legar a la generación que nos reemplace la misma República Libre y Soberana que heredamos de nuestros padres.

Ojalá, general, que no contrayendo usted ningún compromiso, vuelva con el tiempo a tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que entre tanto se conserve usted bien, desea sinceramente su muy atento amigo y S. S. — Porfirio DIAZ.

Oaxaca, noviembre 27 de 1884."

XL

PATENTES DE CORSO

Del 15 de Noviembre de 1864 al 31 de Diciembre de 1865

Estando en Oaxaca, se me indicó, por una casa de San Francisco California, que si podía darle una o más patentes de corso para hostilizar al comercio francés, me facilitaría armas y otros elementos de guerra que necesitaba urgentemente y que tenían entonces gran valor para mí. Con este objeto escribí a nuestro Ministro en Washington, el 15 de noviembre de 1864, suplicándole solicitara del Gobierno Federal me autorizara para que expidiera yo ese género de patentes, o me remitiera algunas en blanco.

Esta solicitud fué favorablemente aceptada por el Gobierno Federal, quien mandó desde el Paso del Norte a nuestra Legación en Washington, el 12 de junio de 1865, veinte patentes en blanco para que me fueran remitidas a Oaxaca.

Las patentes llegaron a nuestro Ministro en Washington, cuando la ciudad de Oaxaca se había rendido a los franceses, y yo estaba prisionero en Puebla. Por este motivo la conservé en su poder para mandármelas cuando volviera a tomar las armas en contra de la intervención, o remitirlas a mi sucesor en el mando de la línea de Oriente. Cuando el señor licenciado Benítez regresó de los Estados Unidos, después de mi evasión de Puebla, en diciembre de 1866, Don Matías Romero le entregó en Washington las patentes expresadas para que me las diera al incorporarse. Las recibí en efecto cuando se me incorporó Benítez, pero considerando peligroso el hacer uso de ellas, en todo caso, y no teniendo por otra parte necesidad urgente de servirme de las mismas, no llegué a usarlas,

XLI

PREPARATIVOS PARA EL SITIO DE OAXACA SAN ISIDRO

Del 17 al 27 de Diciembre de 1864

El 17 de diciembre de 1864 se reunieron en la Carbonera la columna de Curtois d'Hurbal y la de Brincourt y descendieron juntas a Etna. Yo tenía en su observación en la hacienda de San Isidro, inmediata a Etna, la brigada de caballería que mandaba el Coronel Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo, que cubría el escuadrón irregular que mandaba el Coronel Ladislao Cacho.

El día 18 recibió el Coronel Don Félix Díaz, que tenía el mando por ausencia de Treviño, repentinamente aviso de que el puesto había sido forzado, y como la brigada se mantenía con la caballada ensillada, mandó Díaz que salieran violentamente los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento a formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba a todo escape y sufriendo grandes pérdidas la caballería del Coronel Cacho. En un momento se chocaron las fuerzas francesas que perseguían a Cacho con los lanceros de Oaxaca, que se les aparecieron dentro de la polvareda que habían levantado aquellas; dando un choque tan fuerte a los cazadores de Africa, que venían batiendo a arma blanca a los prófugos, que los cazadores voltearon caras instantáneamente y